

Mujer embarazada logra llegar a Casa Juan Diego

Catalina

Testimonio publicado en el Trabajador Católico de Houston

Soy hondureña. Amo mi país, pero me tocó dejarlo. ¿Por qué? No hay trabajo. Donde yo trabajaba cerraron la maquila, dejándonos sin trabajo a una gran cantidad de personas. Aunque trabajamos de 7:00 a.m. a 5:00 p.m. sólo nos daban 40 minutos para almorzar. Para tomar agua había que pedir permiso. No se podía levantar si su trabajo era sentado. Si era su labor trabajar de pie no se podía sentar. Lo amonestaban, le ponían una meta de 1.000 piezas de vestir, depende de la operación que le tocaba hacer. Si lo hacía rápido, al día siguiente le estaban subiendo o multiplicando el trabajo y bajando el precio de la operación para que uno se matara trabajando pero que no ganara lo que había ganado antes. Yo pensaba y sigo pensando que eso es injusto, que es un robo, porque el obrero es digno de su salario, de lo que gana. No importa si trabajas todo el día, pero que paguen lo que tienen que pagar. Cuando nuestro gobierno puso un poco de presión para que pagaran las horas extras, varias compañías sacaron sus maquiladoras de Honduras para ir a otros países aún más baratos. Dejaron miles y miles sin trabajo.

Cuando me ví sin un trabajo decidí venirme de emigrante porque tengo dos hijos que mantener. Sin trabajo no podía darles lo que ellos necesitaban. El 11 de abril a eso de las 10 de la mañana me despedí de mis hijos y les dije que, si no nos volvíamos a ver, que no olvidaran las buenas costumbres que les había enseñado, que se portaran bien.

Salí sin saber el camino. Sólo supe que venía para los Estados Unidos. Primero me encomendé al Señor y le dije que me apartara todo obstáculo del camino, culebras, ladrones, de

todo, y que me enviara un ángel guía por donde yo fuera, que su presencia fuera mi luz y mi guía, y emprendí mi viaje. Vine a Guatemala, ahí empiezo la historia. Llegamos a la frontera de Guatemala. Nos cobraron por darnos un permiso y dijeron que eso no servía. Cuando habíamos pagado para solo el sello nos sacaron fuerte cantidad de dinero y la policía lo rompió. Después está la patrulla a cada dos kilómetros cobrando 100 quetzales por cabeza como si fuéramos animales de exportación. Yo decidí no viajar en autobús, sino caminar y caminar, cruzando pueblos, montañas, veces llorando, veces riéndome de la suerte del pobre caminante, porque yo no traía dirección, sólo sabía que venía para los Estados Unidos. Pero no sabía la forma de llegar hasta aquí donde estoy. En el camino de mi peregrinación, me juntaba con coyotes y las personas que traían. Me pegaba atrás de ellos y me preguntaron: ¿tiene usted alguien que responda por usted? Si decía 'no', ellos no me ayudaban.

Crucé la frontera de Guatemala. Cuando iba a cruzar la frontera de Guatemala con México, nos siguieron unos ladrones. Me apuntaron con un arma. Amenazaban que, si no me paraba, iban a disparar. Yo corrí y corrí desesperada. No sentí cuando se me dobló un pie y me lo descompuse o me fracturé. Un señor me ayudó. Me llevó a su casa, donde su esposa me cuidó bien, me trataba muy bien, y digo que esa era una persona enviada de Dios. Porque yo le llamaba el todopoderoso a Jesucristo: 'acompañame Señor, no me dejes', y él no me dejó porque él es fiel. A los ocho días volví a intentar, ya con mi pie vendado. Crucé la frontera de Guatemala y México a caminar de nuevo. Toda la noche caminamos. En mi mente rodeamos el batallón, pero veníamos a salir enfrente del batallón. Me siguieron. Corrí y corrí pero me alcanzaron. No me querían soltar, decían que era muy

peligroso, pues ya era las 12'30 de la noche, pero yo les rogué que me soltaran: «déjenme ir», les decía: «el peligro va por mi propia suerte, Dios va conmigo, no me pasa nada». Tanto rogarles me dejaron seguir mi camino. Caminaba y caminaba. Cuando escuchaba que iba o venía un carro me tiraba al monte, porque tenía miedo que me fueran a matar.

Así seguí caminando por pastos, poblados, montañas, la vía del tren. De repente me encontré con un coyote que traía otras nueve personas. Me les pegué atrás. Me preguntaron que con quién venía y si tenía alguien que respondiera por mí para poderme ayudar, y les dije: «vengo sola, no tengo dinero para pagarme un pollero». Venía atrás de ellos y dijo el coyote: «déjenla. Nadie le ayude con su bolsa, hay que dejarla botada porque ella no puede pagar». Pero resultó que nadie conocía el camino, porque el coyote era la primera vez que cruzaba por esa frontera por donde nos venimos. Cruzábamos un camino y no sabíamos. El coyote nos mandaba a preguntar, a tocar puertas a media noche a algún rancho o pueblo cercano para que alguien nos diera dirección y así pasamos cuatro noches y cinco días. Las cuatro noches de camino perdidos. Caminábamos por la noche y a las cuatro de la mañana estábamos pensando dónde nos íbamos a esconder. Yo no dormí todo ese tiempo porque les tenía miedo a ellos.

Era extraño para mí. Hablaba con Dios y le decía: «Señor, no permitas que me abandonen». Uno de esos días me quisieron dejar botada en un rancho y me dijeron: «quédese, no va a aguantar el camino», y una mujer les dijo: «ella va con nosotros, no la podemos dejar botada». Ellos quisieron que me quedara en un corral donde estaban los terneros. No quise quedarme y seguí con ellos, ya con los pies llagados, pero así caminaba adelante de ellos. Llegamos a un lugar donde

no había donde esconderse. Corrimos y corrimos. En eso se me descompuso mi pie en una caída. Y así caminé toda la noche.

Entonces sí me dejaron botada a eso de las tres de la mañana. Dijeron: «no puede seguir con nosotros», y les dije: «no hay problema, he caminado sola y es mejor andar sola que mal acompañada». Porque como ya habían hallado el camino, me dejaban botada en un cañal de azucar que me costó salir al poblado porque era lejos. Ahí, ya con mi pie vendado, seguí mi camino. Venía embarazada, caminando por pasos con mucha dificultad. Parecía que ya iba a nacer, no sabía cuánto me podría faltar para llegar a los Estados Unidos, no tenía a nadie.

Descansaba y volvía a seguir el camino. Costó que llegara a Matamoros, pero nunca intenté regresar, seguía en mi meta. En Matamoros yo caí súptamente con migración. Me trataron mal, dijeron: «¿usted tiene quien la reciba en los Estados Unidos?». «Sí», dije, y les di un número de teléfono. «Le vamos a conseguir un coyote», me dijeron, y me llevaron a una casa donde lle-

gan exagerado de coyotes con gente ilegal. El teléfono no lo contestaron y la mujer encargada de nosotros me dijo: «la vamos a tirar a su país». Yo embarazada, deseando comer algo bueno, durmiendo en el suelo, pidiendo permiso para ir al baño, porque era mucha gente la que iba a un solo sanitario. En unos días entró exagerada variedad de emigrantes

salvadoreños, hondureños, guatemaltecos, de un montón de países. Había veces que no había donde

podiera nadar para que me pasara el río. Pregunté dónde podía pasar una noche. Me dijeron: «hay un albergue en Matamoros y se llama Casa Juan Diego».

Llegué ahí, estuve 5 días y llegaba hasta el río a ver cómo podía pasarlo, pero me era muy difícil, porque no tenía el dinero que cobraba la persona para cruzarme al otro lado. Pero de repente llegó un joven y me pasó con otros jóvenes. Así crucé el Río Bravo y pisé por primera vez suelo americano. Gracias a Dios. Tanto que me costó.

Llegué a Casa Romero con otras mujeres, y me regalaron 25 dólares para llegar a esta ciudad de Houston. No tenía a dónde llegar en esta ciudad, pero gracias a Dios por poner el pensar, el querer, el hacer, el fundar Casa Juan Diego. Dios bendiga a los fundadores, les dé salud, prosperidad y fuerzas para trabajar, sabiduría para poder tratar con cada persona. En esa casa fue donde me tendieron la mano. Me ayudaron en todo. Gracias a Dios, gracias a todos los de la Casa Juan Diego, a los de buen corazón por traer donaciones a esta casa. Soy una mujer emigrante, agradecida sobre todas las cosas. Gracias, muchas gracias por

lo bueno que han hecho por mí. Dios los bendiga en todo, fundadores, donantes. Gracias por perdonar mis errores, mi mala letra.

Cuando llegué en Casa Juan Diego ya tuve mis nueve meses de embarazo. Los doctores me dijeron que el corazón del bebé no estaba bien, que estaba bajando. Pero, gracias a Dios, cuando nació ya estaba sano.



acostarse, con tantas personas en el suelo. Tantos coyotes estafando a la gente durmiendo como perros y pagando gran diner, unos 4.000 dólares, otros 5.000, depende del coyote. Si no le pagaban retenían a la persona y la trataban muy mal. Yo rogaba que siquiera me ayudara a pasar el río, pero no quiso. Pero me soltaron y me fui a buscar refugio o alguien que